

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, julio de 1954

Núm. 1025

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

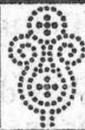
"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN



El señor que hace a todos iguales



Los hielos venían en días sucesivos blanqueando las tierras con sus cristales de escarcha. A la mañana, las tierras impenetrables y duras, formaban una corteza para el arado; pero luego, cuando se levantaba el sol, era todo el barbecho un barrizal. Habían interrumpido por eso los mozos las labores y al calor de la lumbre calculaban la duración y probabilidades del tiempo. Se hacían los días largos, aburridos, «pochos» como decían los gañanes. Renegaban del invierno y de los trabajos, y el descontento les hizo traer la conversación a la pobreza y a la diferencia de clases. De aquí arrancaron para expresar la vieja teoría de la igualdad, tan manida y vulgar, pero tan sugestionadora todavía para las inteligencias rudimentarias.

—Yo lo que digo —exclamó un gañán— es que por qué unos tién tanto y otros no tién ná.

Todos convinieron en ello y adujeron ejemplos: Don Fulano que tenía veinte dehesas y «mucho de tó» y Quico, el hijo de la tía Rosario que era un infeliz. Unos que no comían y otros, que, como Don Beltrán, se «jartaban».

—Chachos—dijo entonces otro juntero— como que el otro día entré en su bodega a que me despachara el aceite y tenía colgaos jamones y chorizos como pa pasar estos días sin frío.

—Pues eso no debía ser—dijo Bastian, el hijo del aperador. Debían tener los hombres de tó. Vamos... un reparto.

Todos convinieron también en eso. No había más solución que el reparto. Sobre todo, el de las tierras. España era un país muy rico, en que repartiendo las tierras podía vivir todo el mundo.

—¡Como que no hay otra!—dijo Bastian—Hijos semos de la tierra y sin tierra no hay ná Y como semos hijos de la tierra, pos todos semos iguales y no debe haber probes ni ricos. ¿No le paice a usté, hermano Blas?

—¿Qué dice usté a tó esto?
Blas, el viejo guarda Blas, asistía a la conversación sólo como testigo.

Tenía sesenta años, vividos con austeridad y honradez. Había curtido su vida siempre al aire y al sol y la había hecho, acaso por eso, llena de salud y claridad. Gozaba fama de buen humor y de hombre sentencioso y profundo. El, mismo daba importancia a sus juicios y opiniones, porque sus pensamientos los expresaba siempre en forma de apólogos o sucedidos.

Los mozos le acuciaban para que diera su parecer sobre la discusión que se había empeñado acerca de la igualdad. Y Blas no soltaba palabra. Hasta que a un ejemplo práctico que adujo Bastián hizo Blas una mueca de conmiseración:

—Mañana mismo os repartía yo a todos vosotros ese campo que tú dices de «Las Moruchas» en la seguridad de que a los dos años tú no tenías ná y yo me había quedao con tu tierra. ¡U hay propiedá u no la hay! Si hay propiedá, tendrá que haber probes y ricos, y si no hay propiedá, tos seremos probes; pero probes y tó, no seremos iguales. Y a ver cómo va a poer ser eso de que haiga un pueblo donde no mande naide y ca uno haga lo que se le antoje. Pos el que manda, manda; y el que manda como no sea un ángel, se aprovechará y estará mejor que el mandao.

—Pero ¿en qué quedamos?—dijo Bastián—¿Semos iguales o no semos iguales?

—Que te crees tú eso que semos iguales... ¿Eres tú igual que yo? ¿Es tu padre igual que tu madre? Martín, el tonto ¿es igual que D Jenaro, el abogao? ¿Tos iguales? Pos tos médicos o boticarios o abogaos o lo que sea y a ver quién quiere ser segaor o minero o labrador, como no le obliguen a la fuerza. Vas a un clivar y no ves veinte olivos iguales.

—Vas a un rebaño—prosiguió Blas, y no ves dos ovejas iguales; y a millones y millones de hombres, unos sanos y otros enfermos, unos listos o torpes, unos guapos y otros feos, de golpe y porrazo los hacemos iguales. Vosotros no entendéis la igualdá porque sólo en una cosa semos los hom-

bres iguales ¿Lo oyes bien? ¡Sólo en una cosa!

—¿En cuál?—preguntaron entonces todos.

—Adivinarlo vosotros, porque si sus lo digo, sabéis tanto como yo; y eso no tié gracia.

—Vamos, dígalo usté

—Algún cuento de los suyos—bromeó Bastián.

—¡Sí, sí, cuento! Más verdá que tú y que yo y que estos que estamos sentaos a la lumbre.

—Pero acabe uste ya de decirlo.

—¿No lo sabéis, verdad? Pos sus lo voy a decir para que se lo digáis a e sos hablativos que os llenan la cabeza de humos.

Blas se apoderó de las tenazas y removió las ascuas del hogar. Después, sonriendo con aire de suficiencia, dió una chupada a su cigarro y comenzó a contar:

—Pos, señor, este era un hombre de nuestra clase. Estaba casao y tenía cinco hijos y pasaba el probe sus apuros. Tantos, que la mujer le ayudaba lavando ropas y haciendo oficios en casas extrañas. El hombre se pasaba tó el día arando y la mujer le echaba de comida lo que podía: un cacho pan; cuatro o cinco higos o el puñao de aceitunas o aceite pa mojar el pan. El hombre no había llevao nunca güena merienda y más que ná le gustaba el chorizo. Pos, señor, que la mujer fué un día a lavar en cá de un labrador acomodao y le dieron de merendar pan y chorizo. Y como las mujeres son asinas se echó la cuenta de decir:

—Me comeré sólo el pan y guardaré el chorizo pá la merienda de mi marío, que al probe le gusta mucho y nunca lo cata, y está todo el día ara que ara de la yunta.

A la noche, cuando vino el marido, la mujer hizo unas sopas y el arador las repuntó:

—¡Toas las noches sopas! ¡Toas las noches sopas! Y sin poer comer un cacho chorizo. ¡Quién tuviera un cacho chorizo!

—Mañana lo llevas de merienda, porque me han dao un poco donde he estao lavando y te lo he guardao pa tí.

Pos, señor, que el marío loco de contento, porque iba a merendar chorizo, madrugó más que nunca y unció la yunta.

—De este chorizo—decía—no doy ni una pizza a naide.

—¿A naide?—preguntó la mujer.

—A naide: es decir, sólo lo partiría con aquella persona que fuera capaz de hacernos a tos los hombres iguales.

Es que el marío tenía metío en la cabeza eso de la igualdá y nunca le llegaba la suya.

Mi hombre se fué pa las tierras y toa la mañana, surco va, surco viene, se estuvo cantando por aquello de que iba a merendar chorizo. Como de vez en cuando se iba al hato, sacaba la talega de la merienda y se ponía oler la tajá, que era un chorizo de esos de presas colorás y jugosas, mú magrito y apretao, con lo que se abría más el apetito pá la merienda. Pos en esto pasaron por allí unos caminantes que iban extraviaos de senda y no llevaban comida. Y como el arador no hacía más que ir cá cinco minutos a ver la talega de la merienda y sacar el embutío, presenciaron esa operación.

—Ese arador tié chorizo—dijo uno de ellos.

—Si nos lo quisiá dar por lo que fuera—dijo otro a quien había dao el fato de la tajá—Voy a ver si lo consigo.

Se fué el caminante al arador y le dió los güenos días:

—Tié usted de merienda chorizo, ¿no es verdá?

—Sí, señor; que mi mujer me ha echao un cacho y hace quién sabe que no lo prebo.

—Pos si quisiá usted dárme lo yo le recompensaría. Soy el Poder.

—Pos como si fuá usted San Poder, porque ese chorizo no lo cata naide, como no puá hacer a tos los hombres iguales.

Se fué el caminante desairao pal grupo y contó lo sucedío.

A mí me lo dará—dijo otro—El arador es un probe y a mí no hay probe que me se resista. Y se llegó al arador:

—Tié usted chorizo de merienda ¿verdá?

—Sí, señor.

—Pos si usted me lo da se alegraría usted. Soy el Dinero.

—Pos como si fuá usted San Millón, porque usted no pué hacer a tos los hombres iguales.

Pos, señor, que también se fué desairao. Y otro del grupo que era la fuerza y otro que era el Talento, tuvieron la misma respuesta.

El chorizo no venía y la jambre apretaba y el arador ya había desunció la yunta pa echale el pienso y ponerse él a merendar. Hasta que otro caminante que no quiso dir al prencipio, tuvo que dir.

No hay más remedio que vaya yo. Si a mí no me lo da, no se lo da a naide.

El caminante que se va al arador y después de darle los güenos días, que le hace la misma preguntada.

—Va usted a merendar chorizo ¿verdá?

—Sí, señor; ahí tengo un cacho que me ha echao la mujer: pero de eso no le doy a naide.

—¿Ni aunque se lo pida yo?

—Ni aunque me lo pida mi madre, como no sea que puá usted hacer a tos los hombres iguales.

—Pos yo lo puedo hacer.

—¿Usté? ¿Quién es usted?

—Soy... la Muerte.

Y en seguida el arador se queó pensativo... Se fué pa la talega, sacó el cacho chorizo y se lo dió tó, diciendo:

—Tié usted razón. Usted es lo único en el mundo que pué hacer a toos los hombres iguales, porque ni el Poder, ni el Dinero, ni la Fuerza, ni el Talento puen lo que pué usted, a quien no hay naide que se resista y se niegue y que no respeta ni a probes ni a ricos, ni a listos ni a torpes, ni a guapos, ni a feos, cuando les llega su hora, y a toos mide con el mismo rasero. Cómasse usted el chorizo y váigase en paz.

Blas dió la última chupada a su cigarrillo y se quedó mirando muy fijamente a Bastián.

—¿Te enteras del cuento, farfullón? Pos déjate de fanfarrias y diles tú a esos hablativos, que sin ser ellos el Poder, el Dinero, la Fuerza y el Talento, te quién hacer lo que no pué hacer naide más que la muerte que se dejen de matracas y tontadas y no estafen a los probes. ¿Tos iguales? Que se creen ellos, eso de que somos iguales en ná.

—Eso es verdad,—dijo Bastián

—¿Te enteras, farfullón: ¿Te enteras? Siempre ha habido ricos y probes y aunque se emperren ellos, los habrá in secula seculorum.

=====

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

—¿De qué disputabais en el camino?—preguntó Jesús de Nazaret a sus discípulos Mas ellos callaban... Y es que habían tenido en el camino una disputa sobre quién de ellos era el mayor de todos.

Las muestras de distinción y los señalados favores que el Maestro hacía a Pedro, movieron a envidia a los demás Apóstoles, hasta el punto de llevar la discusión sobre cuál de ellos sería el mayor.

Jesús, que veía en sus corazones, deseoso de corregirles, les había hecho aquella pregunta.

Mas ellos callaban...

La ambición. Pasión ingeniosa que ofusca al hombre y le hace faltar a la caridad cristiana a través de la envidia.

Por la ambición comete el hombre las mayores injusticias, olvidándose del amor al prójimo, de los principios de nuestra religión, de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Al ser olvidado en los honores, su amor propio padece, la envidia anida en su corazón y el odio brota con energía envenenando su alma y haciendo de él, un hombre perverso y ruín.

Ansía el ambicioso ser destacado por los demás hombres y que continuamente le estén encumbrando y agasajando. Nunca se ha de sentir satisfecho y vivirá ajeno y ciego a los méritos de los demás.

No reconocerá nunca el valor de los otros. Si no se le encumbra, se creará injustamente olvidado, y si se le llena de

homenajes, los creará, todavía, pobres a sus merecimientos.

Pasión, ruín y despreciable la del envidioso, la del que ambiciona honores en este mundo, creyéndose digno de ellos.

Sin embargo, en esta vida, los verdaderos mercedores de homenajes y de gloria, son aquellos seres, que el mundo tiene olvidados, pero que son grandes a los ojos de Dios.

Su labor es callada, mansa y continua como el agua que tranquila recorre monótona el cauce del río, uno y otro día, en silencio, pero, haciendo el bien a las tierras por donde pasa.

Hay muchas almas heroicas, muchos seres abnegados, muchos corazones grandes, que sacrifican su vida y hasta su personalidad, por el bien ajeno.

Ahí tenéis al sacerdote, al misionero, a la monjita, a la madre de familia, al honrado trabajador, al que dedica sus horas de distracción a trabajar por el bien del prójimo, al que ejerce la caridad ocultamente, y tantos y tantos héroes, que en el mundo han sido... y serán hasta el fin de los siglos

Para ellos, almas grandes, seres superiores que han sabido dominarse así mismos, renunciando al pago miserable e incierto que podría recibir del mundo, para ellos, no hay homenajes, no hay aplausos, ni elogiosas palabras. Pero Dios, sabe de este oculto heroísmo de esta escondida grandeza, que no recibe premio de los hombres, pero que El, se lo reserva para darles con creces la gloria que se merecen en su oscura y continua heroicidad.

Solamente desde esta inocente e infantil grandeza que los hombres no ven, que ellos no piden, pero que Dios observa constantemente, se pueden alcanzar las grandes ambiciones del alma que no se satisface con el homenaje de los que son polvo y en polvo se han de convertir.

«Si no os hacéis semejantes a los niños, no entrareis en el reino de los cielos».

R.

Ha muerto mi tía Isidra

¿Qué le puede importar al mundo la muerte de una mujer, y que además se llama... Isidra?

No era fea mi tía Isidra, pero no hubiera encontrado ningún Petrarca que la cantara. Era una belleza vulgar. No era enana, ni alta: mi tía Isidra era de una altura vulgar. Vistió siempre saya larga, chaquetilla y delantal de lana, tocándose la cabeza con el pañolón anudado al moño, como una aldeana vulgar.

Tan vulgar era que no sabía leer ni escribir; y salida de un caserío vasco, destrozó el castellano todos los santos días de su vida. Como lavandera, no entendía de blanqueos finos; como costurera, no sabía de zurcidos invisibles; como cocinera, no conocía guiso complejo. Era una mujer de casa, vulgar, muy vulgar.

Así aparecía el estuche del alma de mi tía Isidra.

Su Cristóbal fué uno de esos mozos honrados que arrancó de la aldea para devorarlo joven aún, la gran industria; y al morir se llevó las llaves de la pobre despensa. Por aquellas calendas no habían retiros ni viudedades; y a Isidra le quedaron por herencia seis hijos que criar y sacar adelante. Tenía mucha salud ella y mucha fuerza; y tenía sobre todo, mucha honradez y mucha religión. No dudó un momento. Después de arreglar de prisita a los hijos se puso a ganar la vida subiendo sacos de carbón a las casas: y en el arreglo de los hijos y en el trabajo pasó años y más años... siempre alegre, siempre sonriente y de buen temple.

No sabía de cuentas y... las sacaba bien. Nadie le quitaba un real. Y así, con el tiempo, pudo comprarse una carretilla para llevar el carbón hasta el portalón de las casas. Y con más tiempo aún subió su riqueza a tanto, que se pudo adquirir un carrito y un mansísimo rucío.

No tenía pelo de tonta, y con todo, jamás le pasó por la cabeza que se podía trabajar menos de lo que ella trabajaba; ni que se podía comer mejor, ni divertirse más y vestirse con más elegancia; ni mucho menos que había ungüentos para el pelo y carmín para los labios y negruras para hundir con misterio los ojos; ni siquiera, ni siquiera soñó que podía cortarse las trenzas para poder trabajar con más holgura.

¡Qué vulgar era mi pobre tía Isidra!

Es verdad que sacó sus hijos adelante y que los sacó bien. Pero cuando ya los tenía sacados se le murió una hija viuda y le dejó tres nietos, sin más hacienda que el día y la noche. A bregar con mayor ánimo, siempre alegre, siempre sonriente.

Vieja ya, venía a veces a hablar conmigo y me preguntaba con toda ingenuidad y con ese simpático desentono con que hablan el castellano los vascos: «Y... nosotros: ¿ya nos salvaremos, pues? porque hacer las cosas bien ya queremos; pero sin saber nada y... —mujer— le decía yo — al cielo calzada y vestida va a ir usted; y cuando esté usted allá arriba dará un zapatazo diciendo: esto es mío.

Se reía entonces con toda el alma, mientras yo me quedaba pensando que lo que le había dicho era el Evangelio.

¡Ah! pero mi tía Isidra ha muerto rentista, porque hace como unos dos años el Gobierno dispuso pasarle tres pesetas diarias de retiro. Tres pesetas diarias. ¿Qué le importaba a mi tía vivir en los días del estraperlo, si con tres pesetas diarias ella llenaba holgadamente todas las necesidades de su vida?

Ha muerto de ochenta y cinco años, hoy hace justamente una semana. Eso, sí; ha muerto con aquella ingenua piedad con que vivió, recibidos con fervor y serenidad los Santos Sacramentos, besando con frecuencia el Santo Cristo, apoyado en su almohada, pidiéndole que la sacara de

este destierro; despidiendo con cariño a los suyos y al Cura que la asistía.

Cuando se piensa en tantas gentes cuya ilusión es trabajar menos, comer mejor, divertirse más, acicalarse; ves-

tirse con hipócrita desnudez, quejarse de todos y de todo, no puede uno menos que exclamar:

Pero ¡qué atrasadísima y qué vulgarísima era mi tía Isidra!

CEFAS

Al Cura Párroco de San Pedro Rdo. Sr. D. Marino Soria González, con motivo de la inauguración del nuevo Tempo Parroquial.

«Tu es Petrus» dice el eco que suena en la ribera» y Pedro, abandonando su barca marinera, anda sobre las olas de la espaciosa playa; llega al acantilado y su barca pesquera, llevada por el viento, en las rocas encalla

«Super hanc petram», dice el eco misterioso, y Pedro alza su vista, solemne y majestuoso, a su barquilla rota, do las aguas penetran, y le extiende su mano, bendiciente y graciioso, y sus labios temblando dicen: ¡Super hanc petram!

«Edificabo Ecclesiam meam», y al suave roce de sus brazos en cruz - ¿Es Pedro, o Pío XII? — y al augusto mandato de su imperiosa boca, germina la materia en venturoso goce, y del acantilado brota un rosal de roca.

Y el eco, «Et porte inferi no prevalebunt», clama, y Pedro, enardecido su corazón de llama, dice: «¡No prevalebunt!» ¡Que mis hijos hoy vean que el Infierno se apaga cuando el amor se inflama! —dice— «¡No prevalebunt, Señor, adversus eam!...

...
¿Era verdad o sueño aquello que veía
Por descifrar la duda, apenas la mañana
floreció, hacia la playa que alegre sonreía
caminé y ví el rosal... Una puerta se abría,
como una flor se abre... Sonaba una campana...

Hermenegildo Rodriguez

Gijón, día del Corpus, 1954

Comentando

Patronazgos

Cada vez que leo en los periódicos que una profesión cualquiera, una entidad, o un pueblo ha escogido su Patrono entre los santos del cielo, analizo el por qué de tal designación, y en raros casos la encuentro razonable y lógica. Naturalmente, para llegar a tales conclusiones, es de suponer que los interesados habrán estudiado los caracteres especiales de cada devoción y la vida del santo, así como la semejanza

que lo que ha de patrocinarse pueda tener, en algo, con el nuevo Patrón, y con esos datos en cuenta, de más importancia de lo que a simple vista parece, acomodar el sentido místico espiritual de la profesión o pueblo, o entidad, a la perfección del santo escogido, al menos en aquello en que son semejantes, ya que el santo les ha de servir de ejemplo y de defensa.

De todos modos, estas designaciones, en la mayoría de los casos, me parecen cojas, ya que solamente se apoyan en la opinión de los interesados, sin tener en cuenta el gusto o satisfacción, y aún la voluntad del santo. Así se les hace patri-

nos de las cosas más opuestas a su modo de ser en esta vida, a aquello que les hizo acreedores a la santidad en el cielo. En tales casos, ¿qué opinará el designado de aquellos que a él se encomiendan? ¿Estará conforme con todas sus apreciaciones?

Desde luego, en su santidad, aceptan todo cuanto pueda redundar en beneficio espiritual de los mortales, por los que, si esto fuese posible después de la muerte, estarían dispuestos incluso a dar su vida; pero aunque así no fuese, como nadie les pide su opinión para la elección, tienen que aceptar ésta por las buenas. Eso no quita para que en su fuero interno se quisieran apartar del patronazgo, ya fuese por no estar conforme con él, o por creer más apropiado otro candidato que se adaptase mejor a los fines que se persiguen.

Lo que sí puedo aseverar con toda garantía de verdad, es que, sea quien sea el patrono de un gremio, de una sociedad, de un pueblo, de una profesión, nunca podrá ver con buenos ojos que a su sombra, o quizás a su nombre, sirva su patronazgo como razón o disculpa de muchas cosas de sobrado sabor mundano. A su nombre ven organizarse fiestas, verbenas, bailes, comilonas, juergas, cuando no

otras cosas de peor carácter, y si queda tiempo, algo de devoción. Ve que su lucha en defensa de sus patrocinados se estrella contra la roca de la fiivolidad escudada en su nombre.

La torcida devoción de todos, no cubre, es verdad, la derecha piedad de unos pocos, que son su consuelo y su esperanza, pero la zozobra y el temor de lo que a su sombra pueda realizarse, le tendrá siempre en vilo y lleno de preocupaciones, y de los resultados no podrá siempre, como sería su deseo, hacerse responsable. En nuestras manos está el manejo de la devoción, y aún la orientación de ésta para el bien espiritual, en el que siempre podremos encontrar de sostén y apoyo al patrón elegido. Pero estas manos nuestras, pecadoras como manos de hombre que son, guían el volante de la piedad más con vanidad y egoísmo que con caridad y fe. Y esto no puede agradarle de ninguna manera. ¿Qué pensará de nosotros en estos o parecidos casos? ¿Qué responsabilidad puede alcanzarnos, por esto, de su nombramiento?

Nuestra veleidad es lo que pone tristeza en los ojos de los santos patronos, y lo que hace difícil y triste su patronazgo. No nos queremos dar cuenta de los compro-

misos que con el santo elegido adquirimos desde el momento en que le encomendamos por las buenas, una misión que él no solicita, y que solamente por caridad acepta. El amor de Dios le obliga a nuestro servicio, pero en nosotros está, al elegirlo por patrono, cargar con todas las consecuencias de este nombramiento, cumpliendo el compromiso de hacernos con nuestra conducta acreedores de su valimiento, descargando de los hombros del santo aquello que, por ser netamente nuestro, humano, incierto, defectuoso, no puede recaer como una losa de responsabilidades sobre su nombre.

Si no nos encontramos con las fuerzas necesarias para responder de nuestra conducta, al menos abstengámonos de buscar patrono.

Hero

César A. Prieto PINTOR

Avda. Molinón, 2 - Tel. 3115

Almacenes



Covadonga, 27

Materiales de Construcción Material de "URTELLITA" Planchas, Tubería, Depósitos

Gijón

Teléfono 1817

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTÍN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)